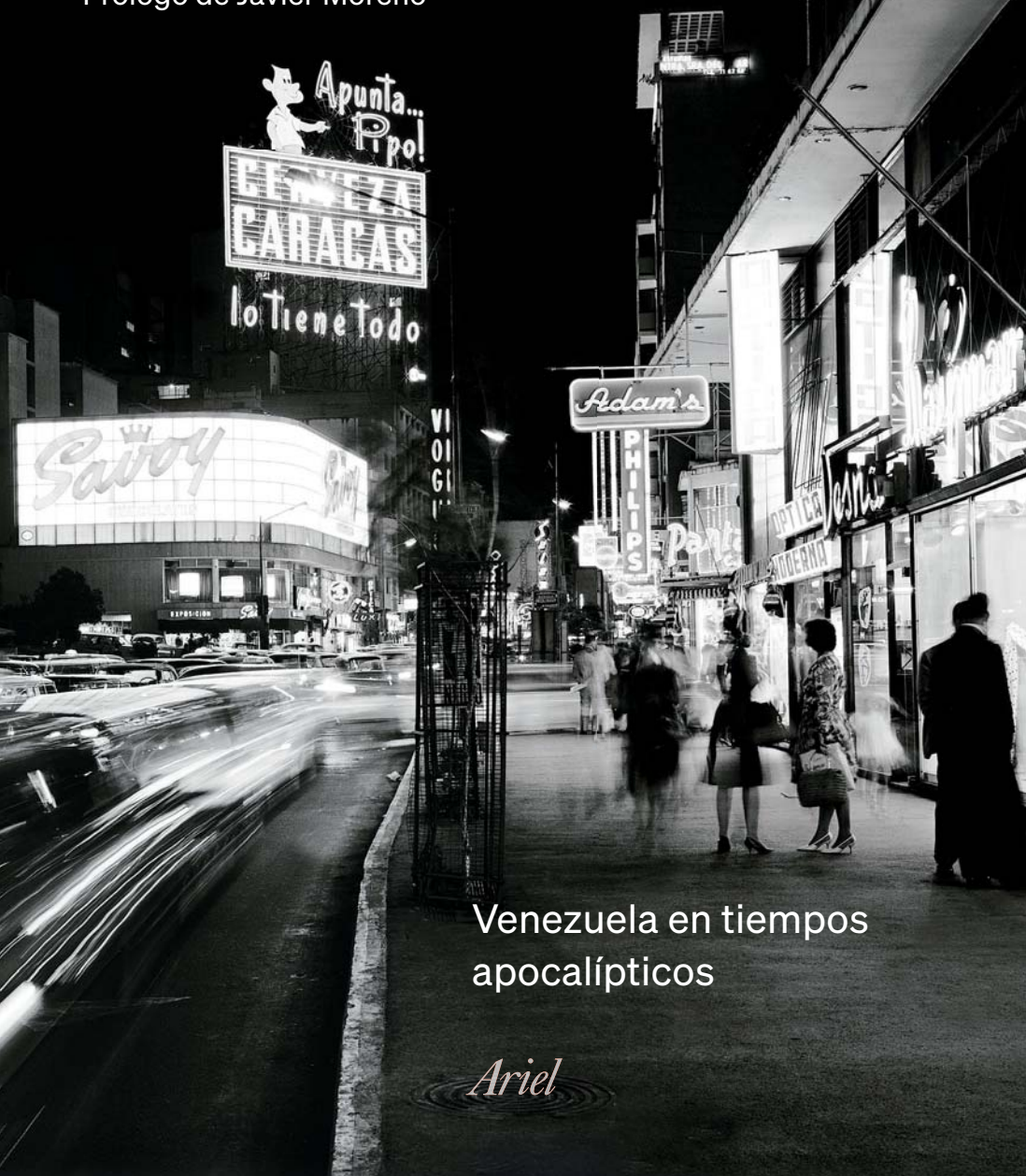


Melba Escobar

Cuando éramos felices y no lo sabíamos

Prólogo de Javier Moreno



Venezuela en tiempos
apocalípticos

Ariel

Melba Escobar

Cuando éramos felices
y no lo sabíamos

Venezuela en tiempos apocalípticos

Prólogo de Javier Moreno

Ariel

Primera edición: junio de 2022

© 2020 y 2022, Melba Escobar

© 2020, Editorial Planeta Colombiana, S. A.

Publicado bajo el sello Seix Barral

www.planetadelibros.com.co

© Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

www.ariel.es

ISBN: 978-84-344-3544-5

Depósito legal: B. 9.503-2022

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Índice

<i>Prólogo</i> , de Javier Moreno	13
PRIMER VIAJE. DE ESPEJO A ESPEJO	31
Caracas	
SEGUNDO VIAJE. POSTAL DESDE EL PURGATORIO ...	99
Maracaibo	
TERCER VIAJE. IR DONDE NO QUIERO	193
San Cristóbal	
CUARTO VIAJE. Y LA VIDA SIGUE	251
Caracas	
<i>Agradecimientos</i>	333

PRIMER VIAJE

DE ESPEJO A ESPEJO

Caracas

19 de junio-23 de junio de 2019

LA CHICA DE AL LADO

Las puertas del avión ya se están cerrando cuando entra ella. Es una mujer delgadísima, de melena lisa, rubia oxigenada, aretes grandes, maquillaje teatral. Me pide que haga espacio para que pase. Estoy en el pasillo. Muevo las piernas y noto que la sigue un labrador dorado. Es igual a los perros que suelen estar a la entrada de los centros comerciales en Bogotá, pero a diferencia de los que están entrenados para olfatear explosivos en los bolsos y paquetes, este tiene escrito en letras amarillas de imprenta: «*Emotional support dog*». La mujer se ve tensa. Evita hacer contacto visual. Tan pronto despega el avión, abro el computador y comienzo a escribir esto que están leyendo.

Estoy concentrada en la pantalla, me olvido del perro, que es muy obediente, y de mi vecina. En algún momento siento que ella me mira. Cuando se acerca la azafata le pide una cerveza Club Colombia. Yo me doy cuenta de que tengo hambre. Son casi las tres de la tarde, no he almorzado. Olvidaba que en Wingo no dan nada. Miro la carta y veo un burrito que se ve muy bueno pero cuesta ocho dólares. Al lado hay un combo: un *croissant* con un capuchino por cinco dólares. Carísimo. Lo pido igual. Tan pronto lo hago, mi vecina comenta:

—Cinco dólares por eso.

Parece molesta.

—Muy caro, sí.

—Todo está muy caro, caro y difícil. ¿Tú a qué vas a Caracas? —pienso que basta que abra la boca para que por el acento sepa que no soy venezolana.

Lo digo:

—Hablo y se sabe que soy extranjera.

—Qué va, no hace falta que hables. Con mirarte se nota que no eres venezolana.

Me pregunto qué la hace pensar eso, pero no me da tiempo de preguntarle porque ya está diciendo otra cosa. Me habla de su papá, que para ella murió de tristeza. De su hermana, que ahora vive en Bogotá y tiene un hijo de dos años. Del Derecho, carrera que estudió pero que dejó de ejercer hace diez años, cuando todo se acabó. Cada tanto repite, como en un mantra, «como yo no tengo hijos». Como si le pesara, unas veces; como si la aliviara, otras. No hace nada, dice. Toma Rivotril. Le da de comer a su perra dos veces al día. No sale a la calle porque «en Caracas no hay nadie en las calles. Es una ciudad fantasma». No sé por qué pero quiero sacarla de su monólogo angustiado, quizá porque me angustia a mí también. Busco cambiar de tema.

—¿Te gustó Bogotá?

—Sí —dice con un gesto que indica lo contrario.

—No es una ciudad muy amable.... —intento.

—Está lleno de venezolanos —añade.

Aunque noto un tono despectivo, supongo que es su tristeza como telón de fondo la que hace que su comentario suene así.

—Es muy triste lo que está pasando —digo—. Cerca de mi casa hay siempre muchísimos en las esquinas, a la salida del supermercado, en las bancas de los parques.

Intento darles algo. Suelo llevar efectivo. Al final, uno piensa que están al margen del sistema, lo poco que logran juntar es limosna, eso es todo lo que hay para ellos. Luego hay que ayudarles. ¿No?

Su expresión cambia. Se pone roja, se ve rabiosa.

—Lo que son es unos sinvergüenzas. Esas personas que dices, esos son los que pusieron a Chávez en el poder. Gente viciosa, gente que quería vivir de los subsidios nada más. Y qué decir de los que nacieron en el chavismo. No han trabajado nunca en su vida, por eso sólo saben pedir. Antes, mi país no era así. La gente trabajaba y vivía de su trabajo, como en todas partes. Pero Chávez acabó con eso. Esa gente no sabe trabajar, sólo quieren vivir de los otros. A mí me duele mucho, porque ves a los venezolanos que hacen domicilios en Rappi rompiéndose las piernas para llevar esas maletotas enormes por la ciudad, sin casco, sin seguro médico, todo por una miseria. ¿Sabías que los que piden en las esquinas a veces ganan más que los de Rappi? ¿Y cuál es la lección? ¡No trabajes, no hagas una mierda, que igual puedes vivir de los demás!

Me quedo callada. Está claro que he tocado un tema sensible. Mi vecina parece a punto de llorar.

—A ustedes los van a joder igualito que como nos jodieron a nosotros —añade.

—¿Cómo así?

—Chávez instaló a los cubanos, que se tomaron el país. El de ustedes se lo están tomando los venezolanos. Ustedes deberían cerrar la frontera. Se están llenando de delincuentes. Un día se nacionalizan todos y ponen en el poder a otro Maduro.

Mientras dice todo esto, le acaricia el pelo a su perra echada en el suelo con la cabeza apoyada sobre sus piernas. Se toma su cerveza a pequeños sorbos. A mí me traen el

capuchino y un *croissant* insípido. Ella vuelve a mencionar que es un abuso pagar cinco dólares por eso. De pronto me siento cansada. Quisiera volver a la pantalla, al intento de empezar a escribir este libro, olvidarme de la chica de al lado. Pero ella parece notar cierta tensión en el aire y busca darle un giro a la situación.

—¿Vas por turismo a Caracas?

—Soy periodista. Voy de trabajo.

—¿Y no te da miedo?

—Bueno, lo mío no es el tema político.

—¿Escribes sobre cultura?

—Más bien me interesan las historias de la gente.

Menciona el Museo de Arte Contemporáneo, el de Arte Colonial...

—Pero me interesa más conocer la cotidianeidad de la gente. Quiero ir a Petare, a conocer los comedores barriales, a la Universidad Central, al hospital J. M. de los Ríos.

—Mi mamá trabaja en ese hospital. Apunta mi número, puedo preguntarle si te ayuda a entrar. Eso está lleno de guardias. ¿Supiste de los niños que murieron hace poco?

—Sí.

Busco un nuevo giro en la conversación.

—¿No te pareció una pesadilla el tráfico de Bogotá?

—Qué va. No sabes cómo extrañaba el tráfico. En Caracas ahora ya no hay. Como tanta gente se ha ido...

—Claro.

—Caracas fue la primera ciudad de la región en sufrir por el tráfico. ¿Sabías? Ahora no ves gente en las autopistas, tampoco en los bares, ni en centros comerciales. Todo el mundo anda encerrado en sus casas y muchos ya no trabajan porque casi sale más caro el transporte para ir a trabajar que el salario que te pagan.

Cuando iniciamos el descenso, me dice:

—Mi papá era italiano. Ahora no puedo irme de Venezuela porque cuando él murió dejó unas acciones. Si me voy, todo eso se pierde. Y no voy a hacer como hacen todos, que se van dejándole este país a esos hijos de puta.

LA SEÑORA BECHAMEL

Salgo de Migración para encontrarme con una fila de camarógrafos. Miro a mi alrededor buscando la cara del hombre moreno y robusto que me recomendaron para transportarme en estos días. Vuelvo a mirarlo en su foto de WhatsApp y lo veo muy repuesto, pienso en Mike Tyson. Al fin llega, su sonrisa lo precede. Saluda con calidez caribeña, mientras vamos a pagar el parqueadero me cuenta que está por llegar la señora Bechamel. Presumo que se refiere a Michelle Bachelet. Esperamos unos minutos en el parqueadero a cielo abierto, al otro lado de la reja donde los camarógrafos se enfilan con sus cámaras. La mujer va a salir en cualquier momento.

—Vámonos ya, después con todas esas camionetas se pone pesado el tráfico —dice Daniel.

Una vez en el carro me dice que «ya vino la vieja a cobrar su oro». Luego prende el aire acondicionado, de fondo canta Willie Colón.

Las avenidas son muestra de la prosperidad de otros tiempos, cuando el país tenía una riqueza que parecía imparable. La cara de Hugo Chávez se repite en los muros de edificios públicos y residenciales. Parece estar en todas partes. En algunas imágenes aparece junto a Maduro, con un lema: «Juntos todo es posible». No sé cuántas cosas ha estado leyendo Daniel en mí en es-

tos minutos, pero de pronto me aclara, sin que le haya pedido explicaciones:

—Yo nunca voté por Chávez.

En los cinco días que pasaré con él, llegará a impresionarme su olfato animal para leer a las personas. Daniel es una máquina de supervivencia. Ahora suena el teléfono y, entonces, por un momento, deja de alardear sobre los corresponsales famosos a quienes ha acompañado en sus recorridos. Repite muchas veces «mi amor». Al otro lado de la línea se oye la voz de una mujer que habla fuerte con acento de extranjera. Cuando cuelga me dice que es una italiana que se enamoró de él. En un semáforo me muestra su lista de contactos. Tiene muchos, en distintas partes del mundo. Me muestra las fotos de sus hijos, me cuenta que tiene ocho y que ya es abuelo. Los dos menores, Daniel y Danielita, tienen once y seis años.

—¿Seis años? Como la mía —digo.

—Muéstrame una foto.

Pero tengo un teléfono nuevo que compré expresamente para este viaje, uno más sencillo que el que suelo llevar conmigo. En este no hay fotos de mis hijos.

—No tengo.

—Cuando uno habla de los hijos se muestra fotos de ellos, ¿no? —me dice en un inesperado reproche.

Me pregunto si pensaré que no se las quiero mostrar, pero me parece ridículo explicarle la imagen que tenemos de Venezuela desde Colombia. «No laves nada de valor», «cuídate mucho», «no andes a pie», «no saques dólares en público», «no tomes agua de la llave», «lleva medicamentos básicos», etcétera. Pienso que lo mismo debían decirle a un venezolano cuando iba a viajar a Colombia hace unos años. A la entrada del hotel nos espera un retén de la policía:

—La señora Bechamel se debe estar quedando aquí —suelta Daniel.

Y tenía razón. Luego descubriría que siempre tenía razón.

Quedamos en vernos al otro día, temprano. Me baja la maleta del carro. Mientras nos estamos despidiendo, su teléfono vuelve a sonar.

—Hola, mi amor —responde mientras me dice adiós con la mano.

El hotel Eurobuilding está lleno de funcionarios. Trajes oscuros y el lenguaje corporal de quien preferiría estar en cualquier otro lugar distinto a donde está. La habitación es tan grande como el deseo de volverme a casa. Extraño a mis hijos, de quienes, ahora lo tengo muy presente, no tengo ni una foto. Me apresuro a pedir la clave del wifi para llamarlos. Apenas los veo a través de la pantalla, me arrepiento de haberlo hecho. La añoranza de contacto es sobre todo física. Rodrigo apenas tiene dos años. Tras dos intentos de tocarme a través de la pantalla, se olvida de mí y se va.

PETARE

Le pido a Daniel que me lleve a hablar con un chavista. No digo «madurista», porque no parecen existir. Basta con leer el mensaje subliminal de la iconografía urbana. O es Chávez solo, como una suerte de divinidad, o es él con su representante aquí en la tierra, Maduro. Es esta la primera de una infinidad de veces en las que pensaré en Venezuela y Colombia como dos hermanos gemelos a los que uno juega a encontrarles parecidos y diferencias. Nos une también Bolívar y la búsqueda de un padre, un caudillo omnipotente que nos haga sentir protegidos.

—Vamos a Petare, mi barrio. Allá hablamos con Pedro. Tomamos la autopista Prados del Este, luego la carretera 9 y la avenida Río de Janeiro hasta llegar a Petare, en el municipio de Sucre, uno de los cinco en los que se divide el Distrito Metropolitano de Caracas. Al escribir «Petare» en un buscador, aparecen montones de noticias y videos de tragedias, buena parte de ellos sensacionalistas. Recuerdo en particular uno en el que un español dice desde el platón de una camioneta: «Estamos a punto de visitar uno de los barrios más peligrosos del mundo. Uno donde la gente no logra conciliar el sueño en las noches por el ruido de los balazos repetidos. Acompáñenos a Petare». Pienso que seguro hay muchos similares de distintos barrios en ciudades colombianas.

—Tengo que lavar el carro —dice Daniel, que no es muy bueno para el silencio.

Vamos subiendo montaña arriba. Hace calor. La vegetación es tropical. Las construcciones se van haciendo más humildes a medida que uno avanza.

—Yo vivo en la cima de la montaña —dice.

También en Bogotá hay construcciones humildes en la cumbre.

—Entre más alto, mejor la vista —le digo yo.

—La casa de Pedro tiene muy buena vista —dice antes de soltar una carcajada.

La calle se va haciendo más estrecha, más empinada. Construcciones de concreto, mucha basura, grafitis, jóvenes en las esquinas, sin hacer nada.

—Mira: ahí están repartiendo la bolsa CLAP.

Las siglas significan Comités Locales de Abastecimiento y Producción. Parte de los subsidios del sistema consiste en dar un mercado familiar a un bajo precio. Según Susana Raffalli, autoridad en temas nutricionales, a quien entrevis-

taría en mi segunda visita a Caracas: «El Gobierno venezolano se convierte en vendedor de alimentos para la gente más pobre a través de la caja CLAP. Esto genera una red de crimen internacional con delitos tipificados brutales: sobrefacturación, adulteración de comida, además de ser utilizada con un enfoque político para beneficiar a los amigos del régimen por encima de las necesidades reales de la población».

—La caja vale un poco más de tres dólares —dice Daniel. Un paréntesis antes de seguir alardeando de los corresponsales famosos a quienes conoce. Me habla de periodistas de Reuters, la BBC, *New York Times*, *Financial Times*... incluso se refiere en repetidas ocasiones a Jon Lee Anderson.

—¿Y también has trabajado con mujeres?

—Pero mucho menos. Ponle cuarenta hombres, cinco mujeres.

El Chevrolet Corsa se detuvo frente a una casa de dos plantas como todas las demás. Daniel se agarró al claxon. Un hombre muy delgado, con el torso desnudo, abrió la ventana.

—Te traje una señorita que te quiere entrevistar.

—Ahora no puedo, voy para una reunión —grita el hombre.

—Es sólo un momento, después te compro un cartón de cigarros.

—No puedo, tengo que salir a las diez. La cita es arriba.

Falta un cuarto para las diez. Mi ingenuidad me juega una buena pasada.

—Pues vamos en el carro, lo llevamos. Así podemos conversar en el camino —digo.

Noto una risita burlona en Daniel. El hombre parece resignarse.

—Ya bajo —dice.

DOS VECES PEDRO

Hay ropa húmeda guindada de las cuerdas. Hay una pequeña huerta. Hay una planta de plátano gigante. Pedro aparece aún con el torso desnudo y el gesto fastidiado.

—El famoso Pedro, mucho gusto. Sólo quiero diez minutos de su tiempo.

—Ella viene de Colombia, quiere saber qué está pasando aquí, cuéntale pues —dice Daniel.

Rápidamente, Pedro parece animarse. La grabadora lo pone conversón.

—No se puede tapar el sol con un dedo: tenemos una guerra. No estamos en las mejores condiciones, eso es verdad. Pero la guerra es económica. Los alimentos, ¡sí hay! Pero ¿qué está haciendo el empresario aquí en Venezuela? Subirle a los productos. Fíjese usted cuánto cuesta una bolsa CLAP, nada más veinticinco mil bolívares. En cambio vaya usted a un supermercado a ver cuánto valen los mismos productos. Mientras que el Gobierno está tratando de ayudar al venezolano, el empresario está echando vainas. Esa es la verdad. Esto es una guerra. La guerra del empresario contra el pobre, porque no quiere que coma. Ya intentaron dar un golpe de Estado y si vuelven a intentarlo les va a pasar lo mismo, porque el pueblo no va aceptar que el país caiga. Eso es no tener corazón, pues. ¿Es que no quieren que los niños coman? ¿Eso es democracia? ¿Eso es querer un país?

—¿Y qué le ha dado el Gobierno a la gente?

—Es que el Gobierno no tiene por qué darlo todo. El país no está en condiciones de estar regalando tanto. Regala lo que puede.

—¿Y tú trabajas con el Gobierno?

—No, no, yo hago trabajo social, nadie me paga.

—¿Y no recibes nada a cambio?
—Nada, nada, yo hago trabajo comunitario.
—Y entonces ¿de qué vives?
—De mi pensión, vivo de eso, porque somos sólo yo y mi esposa. Ya mis hijos están grandes.
—Pero ¿y si las cosas no están tan mal por qué se ve gente llegando a pie desde Venezuela a Colombia?
—¿A qué van allá? ¿A qué?
—Van porque tienen hambre.
—Pero qué estupidez, si acá hay abundancia de comida. Pero ¿es que si ves lo que te digo? Esto es una guerra, una guerra contra los más necesitados. Para atrás, ni para coger impulso. Esto va pa'lante, ya verás.
Silencio.
—No todo puede ser culpa de los empresarios.
—Vamos a ser claros, el país está en crisis. Pero tampoco es que estemos viviendo una crisis humanitaria, eso es mentira. ¿Que tu sueldo no te alcanza? En eso estamos de acuerdo, porque cuarenta mil bolívares de salario no es nada.
—Son cinco dólares.
—Vamos a estar claros, ese sueldo se lo come uno en un día. Y yo te digo, hay mucha corrupción. En eso los chavistas estamos claros. Todo se pierde, todo se desvía.
—¿Y eso es culpa de quién?
—Del Gobierno, que no pone mano dura.
—¿Por qué la gente eligió a Chávez?
—Porque Chávez era un guerrero, Chávez pensaba en los pobres, Chávez pensaba por qué y analizaba. Porque aquí la gente andaba con los pies descalzos, eso se veía aquí porque yo lo viví. Yo vivía en un ranchito de lata con piso de tierra y criábamos cochinos y gallinas, cada quien tenía una gallina, un cochino.

—¿Cómo te vinculaste al chavismo?

—Siempre fui de izquierda. Anteriormente era del MAS, era el único partido de izquierda que había. Pero Chávez nos convenció a nosotros. Prácticamente convenció a un pueblo que no sabía leer y escribir. Un millón de venezolanos que no sabía leer y escribir y que ahora sabe leer y escribir. Todo eso lo hizo Chávez. Las misiones, las ayudas. Todo eso salió de Chávez, eso no es de Maduro. Porque el Plan de la Patria lo decía todo. Hay un Plan de la Patria que lo diseñó Chávez, nos lo dejó a nosotros hasta 2025. Por ahí es que se está rigiendo Maduro.

—¿Cuál es la causa política?

—La causa política es la unión de todos los venezolanos. Ayudar al prójimo.

—¿Y qué piensas de todos los que se van?

—Yo de mi país no me voy. Para irse a pasar hambre en otros países, mejor quedarse a pasar hambre aquí. ¿O es que creen que sin estar preparados van a ir a comer mejor en otro lado? ¿Vas a ir a limpiar baños en otro país? Adelante. Yo a eso no me le mido.

—Bueno, Pedro, gracias por el tiempo. ¿Te acercamos entonces a la reunión?

Él y Daniel, que ha estado todo el tiempo ahí, se miran. Pedro no se despide. Se da media vuelta y se aleja. Daniel se voltea a mirarme y me dice:

—Él no tiene ninguna reunión, puro cuento. Vámonos. De vuelta al Chevrolet le pregunto:

—¿De verdad no recibe nada a cambio?

—Claro que recibe. Tiene una caleta llena de bolsas CLAP. Él es del Consejo Comunitario, decide a quién le reparte esa vaina y de paso se queda con una tajada. ¿Quieres hablar con un colombiano chavista?

—Claro.

El carro se detiene. Daniel abre la ventana. Le habla a un hombre delgado y moreno, también llamado Pedro.

—Súbete, te llevamos para que hables un momento con la muchacha.

Pedro se sube en la parte de adelante. Me parece que todavía tiene acento de costeño colombiano.

—¿De qué parte de Colombia eres?

—Soy de aquí, de Petare.

—¿Llevas mucho tiempo aquí?

—Casi cuarenta años.

—¿Y por qué te viniste?

—Buscando un mejor futuro.

—¿Y lo encontraste?

—Tengo una mujer que sabe cocinar, tengo una familia, un techito, un trabajo, tengo todas esas vainas.

—¿Y dónde naciste en Colombia?

—Te digo que yo ya me nacionalicé. Soy de Petare y vivo aquí en Petare.

—Bueno, pero ¿dónde naciste?

—Un pueblito que se llama Campo de la Cruz, en el Atlántico. Por ahí la mitad de ese pueblito vive aquí, en Petare.

En una búsqueda rápida en internet, encuentro que al pueblo donde nació Pedro han llegado más de ocho mil venezolanos en los últimos años. Casi la mitad de la población total.

—¿Qué trabajo anda haciendo, mija, a ver?

—Soy periodista. Y me interesa la relación Venezuela-Colombia.

—Pues tenemos posiciones políticas diametralmente opuestas. En Colombia hay una clase dirigente que a punta de sus privilegios ha entregado la soberanía del Estado. Allá quienes mandan son los gringos. Los gringos son los dueños

del espacio acuático, marítimo y aéreo. Tú como periodista te habrás dado cuenta de que el pueblo colombiano todo es Venezuela, Venezuela y Venezuela. Parece como si no se hubieran dado cuenta de los problemas que tienen allá.

—¿Y es que la gente está muy bien aquí? —pregunto.

—No estamos muy bien, hija, pero tenemos una explicación racional para eso.

—A ver.

—Nosotros nunca habíamos tenido acceso a los dólares, y con Chávez se le dio tarjeta de crédito a la gente humilde. Por primera vez la clase más pobre tuvo acceso al dólar. Es que las riquezas y las desigualdades son aberrantes. Coño, tú ves terratenientes que no miden su tierra en hectáreas, la miden en kilómetros, mientras que el pobre campesino no tiene dónde caerse muerto.

—Pero aquí también hay unas desigualdades muy grandes...

—Los cambios no se logran de un día pa' otro, mijita, los cambios son culturales. Siempre hay resistencia al cambio. Ahora, si están en una posición de comodidad, coño, prefieren quedarse ahí porque están disfrutando de un pocotón de vainas. Es difícil, mijita, porque la cuestión es el cambio cultural. Y si el modelo que quieren lo están reforzando con la religión, con la propaganda, toda esa vaina, no es fácil.

—¿Y aquí como se reventó esta vaina?

—Aquí no se ha reventado nada. Lo que pasa es que hay gente que tiene mucho poder, y aparte de tener mucho poder, nosotros todavía somos dependientes de Estados Unidos. Pero en todo caso estamos mucho mejor que Colombia. Aquí por lo menos no tenemos esa güevonada de los estratos.

—¿Qué es eso? —pregunta Daniel.

—El que menos gana es estrato 1, y el que más gana es

estrato 6 —digo—. Eso se marca en los recibos de los servicios y en principio es para que el 5 y 6 subsidien al 1 y 2, pero se ha convertido sobre todo en una manera de estigmatizar a la gente por su nivel de ingresos.

—Es una vaina aberrante —dice Pedro—. Degradante para el ser humano. Aquí no se ve eso de clasificar a la gente por sus ingresos.

—¿Y tú crees que no se ve gracias al chavismo?

—El chavismo ayuda, sí, a que los discapacitados, los negros, los indios no se sientan discriminados. En Colombia ese cambio no se ve, ni lo vas a ver nunca. Bueno, bienvenida. Si quieres seguir conversando te invito a almorzar. Pero te invito a almorzar comida de pobre. Bienvenida a este lado de la realidad, mijita.

Cuando Pedro se baja, Daniel aclara:

—La broma es que Chávez le daba unos dólares a la gente anualmente a través de una tarjeta de crédito. Pero entonces viajaban, iban a Ecuador, Perú, allá los «raspaban» como decían, y te daban la plata en dólares. Todo eso con un cambio de 6,30 bolívares por dólar, y en Venezuela lo vendían a cuarenta bolívares por dólar. Con esa diferencia les quedaba plata para pagar el pasaje, el hotel, y con todo y eso sacarle ganancia. ¿Entiendes?

—Más o menos —respondo.

Pero intuyo que es una de las tantas prácticas que se han generado en los últimos años, donde el Gobierno ha hecho al pueblo venezolano cómplice de la corrupción.

LA VEGA

La hacienda se llama La Vega. Es una portentosa casona colonial rodeada por frondosos chaguaramos. El verde está

por todas partes. Es como haber llegado a un paraíso congelado en el tiempo en que la riqueza de los terratenientes era opulenta y parecía que siempre sería fértil. Hay un viejo trapiche junto a la mansión donde se dice que nació el esposo de Carolina Herrera, la famosa diseñadora de modas. Sin duda, la hacienda vivió mejores tiempos. Ahora se enquistaba entre el ruido de las motos, el humo, la pobreza.

En 1590, era un trapiche de caña de azúcar con 1.500 hectáreas de tierra. Se dice que en algún punto la casa fue un barracón para los esclavos, y pasó por varias sucesiones hasta llegar a manos de los Tovar. Cuentan que en 1827 estuvo aquí Simón Bolívar y que, ya desde el exilio en Colombia, le escribió a Martín Tovar: «Sólo dos cosas no han cambiado en tanto tiempo, La Vega y tú».

Bolívar, el hombre que nació rico en una casona que también visitaré en el centro de Caracas. ¿Un traidor de clase? ¿El primer caudillo latinoamericano? ¿El padre de todos nuestros tormentos? En el centro de Caracas, en la plaza que lleva su nombre, junto a la casona donde nació, copio esta frase tallada en piedra: «Si se opone la naturaleza, lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca».

A mediados del siglo xx, cuando ya la casona era de la familia Herrera Uslar-Gleichen, se les propuso a sus propietarios hacer ahí el Country Club, propuesta que fue declinada. Reinaldo Herrera y María Teresa Guevara heredaron la vivienda que se convirtió en la meca del arte y la moda. Se dice que por ahí pasó Salvador Dalí, la princesa Margarita, el príncipe Carlos. Que fue escenario de desfiles de Christian Dior. Carolina Herrera vivió en esta casa de paredes blancas, techos altos y columnas dóricas con patios interiores rodeados de plantas tropicales. El glamur que vivió durante siglos ha quedado atrás, ahora la hacienda es el techo para una noble causa.